

## Carta política

Joaquín García-Huidobro



## La teología de Hollywood

Se han fijado que los cardenales que aparecen en las películas suelen ser malos o, al menos, gente bastante oscura, que no transmite en ningún caso la alegría de la fe?

No niego que esos eclesiásticos pueda haber personas que no estén a la altura de su tarea y de lo que supuestamente creen. Tal fue el caso, en el siglo XVI, del Cardenal Wolsey, un

hombre intrigante que fue canciller de Enrique VIII. En una de sus tragedias históricas, Enrique VIII, Shakespeare pone en sus labios al final de sus días unas célebres palabras: "De haber servido a mi Dios con sólo la mitad de celo que he puesto en servir a mi rey, no me hubiera entregado éste, a mi vez, desnudo, al furor de mis enemigos".

Sin embargo, no es necesari

o ser creyente para ver que las cosas también pueden ser de otro modo y que la vida de las más altas jerarquías de la Iglesia no consiste simplemente en juegos de poder. En efecto, hasta el mayor de los ateos debería ser capaz de pensar que los cardenales, al menos, deberían ser tan buenos o tan malos como los profesores, los dentistas o los carpinteros y no hay razones para presentarlos como unos tipos tan siniestros. De lo contrario, ¿cómo podría explicarse que de ese grupo humano tan poco recomendable salga gente como Francisco?

"Son sólo películas", se dice, y es verdad. Pero a juzgar por muchas informaciones de prensa de estos días, se ve que esas imágenes hacen mella también en la mente de los periodistas y de muchas otras personas. La "teología de Hollywood" influye significativamente en el modo en que se mira a la Iglesia.

Pongamos otro ejemplo. Si los cardenales aparecen muy

mal parados, la peor parte en la cinematografía se la llevan las monjas. Cuando no son presentadas como seres poseídos por fuerzas demoníacas aparecen al menos como figuras siniestras ante las que hay que tener un especial cuidado. No hay que extrañarse, por eso, que en la última encuesta CEP sólo el 26% de los encuestados manifiesta tener alguna confianza en ellas.

Ahora bien, ¿cómo son las monjas en la realidad? Son personas que se dedican a tareas como la atención de ancianos que muchas veces están abandonados, que babean y tienen toda suerte de limitaciones físicas, están preocupadas de los niños abandonados, de los enfermos de Sida o de las presidiarias. Es decir, se dedican a servir a aquellos que constituyen ese conjunto de seres humanos a los que Francisco llamaba "los descartados". Sin embargo, esas monjas de carne y hueso permanecen invisibles. En una sociedad donde sólo parecen

relevantes el dinero, la influencia y el poder su existencia resulta inexplicable.

La figura de Francisco es otro ejemplo revelador. Ella nuestra, como pocas, la limitación de las categorías que los medios de masas emplean para acercarse al fenómeno de la Iglesia. Sólo de manera muy simplista se lo podría encasillar en los esquemas de derecha e izquierda que son habituales en la prensa para juzgar toda la realidad social. Sus preocupaciones eran amplísimas y era difícil, ante sus palabras, no sentirse desafiado por algún flanco. Ellas abarcaban la ecología, pero también el cuidado de los ancianos y los no nacidos, así como el respeto a los migrantes y las mujeres del Tercer Mundo que son explotadas en las prácticas de maternidad subrogada. Era un hombre de profunda vocación social; sin embargo, llevaba una vida personal de intensa oración y penitencia. Para él todo está conec-

tado. Su cristianismo no seguía el modelo de religión aguada que propone la "teología de Hollywood" para hacerlo grato a la mentalidad burguesa actual: estaba lleno de misericordia, pero al mismo tiempo era muy exigente.

La necesidad de aproximarse a la realidad de la Iglesia evitando la brocha gorda es aplicable a todos, creyentes o no creyentes. Las películas están allí y seguirán apareciendo, porque es un tema que se presta muy bien para ser abordado en un thriller. Tampoco podemos esperar que los organismos eclesiásticos nos hagan un comentario de cada obra crítica o caricaturesca que aparece. La solución es mucho más sencilla: uno puede ver una película simplemente porque quiere descansar un poco, pero nada excusa a los lectores y espectadores de la necesidad de pensar sobre lo que se tiene delante. Si se toma esta precaución elemental la "teología de Hollywood" será inocua.